

MILLENNIUM⁶
STIEG LARSSON

La chica que vivió dos veces **David Lagercrantz**



DESTINO

La chica que vivió dos veces

MILLENNIUM⁶

David
Lagercrantz

TRADUCCIÓN DE MARTIN LEXELL
Y JUAN JOSÉ ORTEGA ROMÁN

Ediciones Destino

Lagercrantz, David

La chica que vivió dos veces / David Lagercrantz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Destino, 2019.

592 p. ; 23 x 14 cm.

Traducción de: Martin Lexell ; Juan José Ortega Román.

ISBN 978-950-732-482-6

1. Narrativa Sueca. 2. Novelas Policiales. I. Lexell, Martin, trad. II. Ortega Román, Juan José, trad. III. Título.

CDD 839.73

Título original: *Hon som måste dö*

© David Lagercrantz & Moggleden AB, publicado por Norstedts, Suecia, 2019

Publicado de acuerdo con Norstedts Agency

© por la traducción del sueco, Martin Lexell y Juan José Ortega Román, 2019

© por los mapas, Emily Faccini

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-233-5606-5

Derechos reservados de esta edición

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Destino®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: septiembre de 2019

12.000 ejemplares

ISBN 978-950-732-482-6

Impreso en Gráfica Triñanes,

Charlone 971, Avellaneda, Pcia. de Buenos Aires,

en el mes de julio de 2019

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

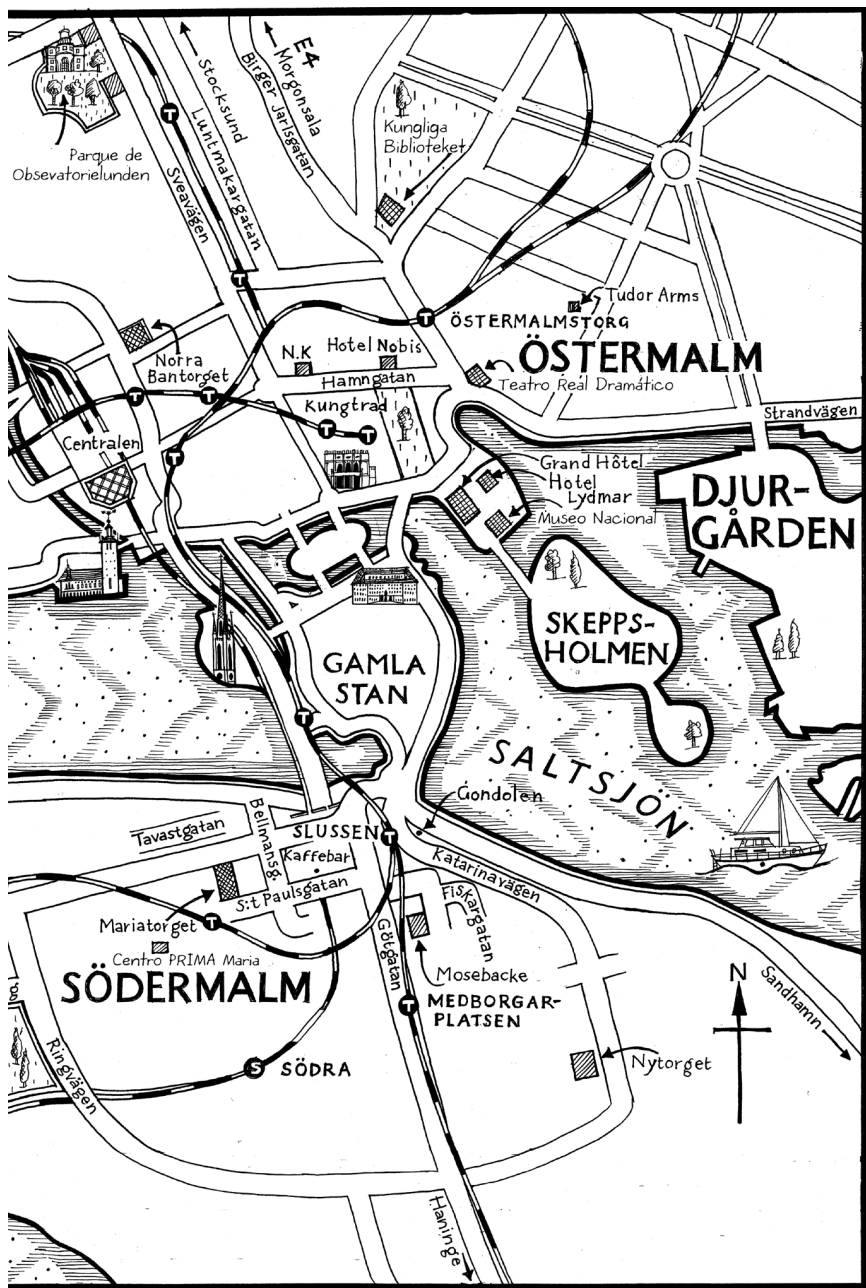
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

$$\underline{M^6}$$





Prólogo

Ese verano apareció un nuevo mendigo en el barrio. Nadie sabía cómo se llamaba, cosa que tampoco importaba a nadie, aunque una joven pareja que pasaba todas las mañanas frente a él lo apodaba «el enano loco», lo cual no era del todo justo. El hombre no era enano en un sentido estricto. Medía un metro cincuenta y cuatro y tenía una constitución proporcionada. Sí era cierto, sin embargo, que se trataba de un enfermo mental, por lo que a veces le daban arrebatos y se levantaba de un salto para agarrar a cualquier transeúnte mientras hablaba de forma ininteligible.

Por lo demás, se pasaba la mayor parte del tiempo sentado sobre un trozo de cartón que había instalado en la plaza de Mariatorget, justo al lado de la fuente de la estatua de Thor, y era entonces cuando llegaba a despertar incluso veneración. Con la cabeza erguida y la espalda recta podía recordar al jefe de alguna tribu en vías de desaparición, lo que constituía su último recurso y el moti-

vo exacto por el que la gente aún le daba alguna limosna. Intuían que tenían frente a sí a toda una eminencia venida a menos, y no estaban equivocados. Hubo una época en la que se le hacían reverencias.

Pero ya había transcurrido mucho tiempo desde que se lo arrebataron todo, y esa mancha negra que tenía en la mejilla tampoco ayudaba. La mancha parecía un pedazo de la mismísima muerte. Lo único que destacaba era su abrigo de plumas: un Marmot, muy caro, de color azul. Sin embargo, no le otorgaba ningún aire de normalidad, no sólo porque se hallara cubierto de mugre y de manchas de comida, sino también porque parecía más propio del Ártico, y en Estocolmo era verano. Un calor sofocante reinaba en la ciudad y, cuando el sudor se deslizaba por las mejillas del hombre, los transeúntes, incómodos, miraban el abrigo como si el simple hecho de contemplarlo hiciera que el calor los atormentara aún más. Pero el mendigo nunca se lo quitaba.

Ya no pertenecía a este mundo, y no parecía probable que pudiera constituir una amenaza para nadie. Pero a principios del mes de agosto una expresión más resuelta se vislumbró en sus ojos, y la tarde del día 11 escribió una intrincada historia en unos folios a rayas que esa misma noche pegó en el cristal de la parada de autobús que

se encuentra al lado de Södra Station, como si fuera un pasquín.

El relato era la alucinatoria descripción de una terrible tormenta. No obstante, la joven médica en prácticas, Else Sandberg, que estaba esperando el autobús número cuatro, consiguió descifrar partes del inicio, donde se mencionaba a un miembro del Gobierno, aunque ella se centró más bien en intentar emitir un diagnóstico. Pensó que se trataba de un caso de esquizofrenia paranoide.

Pero, cuando se subió al autobús diez minutos después, se olvidó todo, y lo único que le quedó fue una sensación de malestar. Era como una especie de maldición de Casandra. Nadie creía al hombre porque la verdad que él formulaba se hallaba tan envuelta en la locura que apenas podía verse. Aun así, el contenido de aquellos folios debió de llegar a oídos de alguien, ya que, a la mañana siguiente, un hombre vestido con una camisa blanca se bajó de un Audi y los arrancó.

La madrugada del sábado 15 de agosto, el mendigo se acercó hasta la plaza de Norra Bantorget en busca de alcohol de contrabando. Allí se encontró con otro borracho, Heikki Järvinen, un viejo obrero que había trabajado en una fábrica de Österbotten, en Finlandia.

—Hola, hermano. ¿Tiempos difíciles? —dijo Järvinen.

No recibió ninguna respuesta, al menos de en-

trada. Pero al cabo de un momento el hombre le soltó una larga parrafada que Heikki consideró una pura fanfarronería llena de mentiras, lo que hizo que le espetara: «¡Menuda mierda!». Y, acto seguido, añadió —un comentario innecesario, como él mismo admitió más tarde—: «No dices más que estupideces, chinito».

—¡*Me Khamba-chen*, odio China! —rugió el mendigo como contestación.

Luego se armó la batahola. Con su mano casi sin dedos, el mendigo le propinó un puñetazo a Heikki y, aunque no parecía un golpe muy experto que digamos, había una inesperada autoridad en su modo de ejercer la violencia. Heikki empezó a sangrar por la boca y a proferir insultos y palabrotas en finés. Y, dando tumbos, fue calle abajo hasta el subte de T-Centralen.

Cuando el mendigo fue visto de nuevo, ya estaba de vuelta en su viejo barrio, terriblemente borracho y mareado. Unos hilillos de baba le caían de la boca al tiempo que, con la mano en el cuello, murmuraba:

—Muy cansado. Debe encontrar un *dharamsala*, y un *lhawa*, muy buen *lhawa*. ¿Conoce?

No esperó respuesta; cruzó Ringvägen como un sonámbulo y, a continuación, tiró al suelo una botella de alcohol —desprovista de etiqueta— y desapareció entre los árboles y los arbustos del parque de Tantolunden. Nadie sabe muy bien lo

que pasó después, tan sólo que por la mañana cayó una ligera lluvia y sopló el viento del norte. A las ocho amainó y el cielo se despejó; el hombre se hallaba de rodillas, apoyado contra un abedul.

En la calle se preparaba la Carrera de Medianoche, y un ambiente festivo se respiraba en el barrio. El mendigo estaba muerto, rodeado de esa alegría que había en el aire, y a nadie le importaba que hubiera llevado una vida llena de increíbles aventuras y grandes hazañas, y menos aún que no hubiera amado más que a una mujer y que ella también hubiera muerto en una devastadora soledad.

PRIMERA PARTE

Los desconocidos

A muchos muertos no se les da nunca un nombre y, a algunos, ni siquiera una tumba.

A otros se les pone una cruz blanca entre otras miles, como en el Cementerio Estadounidense de Normandía.

A unos pocos se les erige un monumento, como la Tumba del Soldado Desconocido que está bajo el Arco de Triunfo de París o la que hay en los Jardines de Alejandro de Moscú.

Capítulo I

15 de agosto

La escritora Ingela Dufva fue la primera que se atrevió a acercarse al árbol y comprendió que el hombre estaba muerto. Eran las once y media de la mañana. El cadáver olía mal y las moscas y los mosquitos revoloteaban a su alrededor. Ingela Dufva no fue del todo sincera cuando dijo, un poco más tarde, que había algo conmovedor en aquella persona.

El hombre había vomitado y había tenido una fuerte diarrea. Ella, más que conmoverse, se sintió llena de malestar y tuvo miedo ante su propia muerte. Tampoco los policías que se apersonaron en el lugar quince minutos después, Sandra Lindvall y Samir Eman, vieron nada sobrecogedor en esa imagen; más bien consideraron aquella misión como un castigo.

Le hicieron fotos al hombre e inspeccionaron los alrededores, aunque no llegaron a acercarse

hasta la pendiente que quedaba un poco más abajo de Zinkens väg, donde se encontraba la botella de alcohol medio vacía y con una capa como de grava en el fondo. Si bien ninguno de los dos agentes pensaba que aquello oliera a asesinato, examinaron a conciencia la cabeza y el tórax del fallecido. No detectaron ninguna señal de violencia ni ningún indicio de que la muerte se hubiera producido en circunstancias sospechosas —aparte, si acaso, de la espesa baba que le caía de la boca—, por lo que, tras hablar por teléfono con sus superiores, decidieron no acordonar el lugar.

Mientras esperaban a que acudiera una ambulancia para llevarse el cadáver, registraron los bolsillos del voluminoso abrigo de plumas. Encontraron un montón de servilletas de las que se dan en los puestos de salchichas, varias monedas, un billete de veinte coronas y un tíquet de compra de una tienda que vendía material de oficina en Hornsgatan. Sin embargo, no hallaron ningún carnet ni ningún otro documento identificatorio.

Aun así, creyeron que sería fácil identificar al hombre, porque sus rasgos resultaban inconfundibles. Sin embargo, ésa era, como tantas otras, una hipótesis errónea. En el Centro de Medicina Forense de Solna, donde se realizó la autopsia, le hicieron unas radiografías de la dentadura. Pero ni éstas ni las huellas digitales concordaban con las de ninguna persona que figurara registrada en los

archivos policiales. Después se enviaron una serie de pruebas para su correspondiente análisis al Centro Nacional de Medicina Forense, donde a la doctora Fredrika Nyman se le ocurrió comprobar —a pesar de que en absoluto formaba parte de sus obligaciones— algunos números de teléfono que aparecían en un papel, hecho una bola, que se había hallado en uno de los bolsillos del pantalón del fallecido.

Uno de esos números era el de Mikael Blomkvist, el periodista de la revista *Millennium*, un hecho al que en un principio no le prestó mayor atención. Pero luego, esa misma tarde, justo cuando acababa de enzarzarse en una fuerte discusión con una de sus hijas adolescentes, se acordó de que sólo en el último año había realizado las autopsias de tres cuerpos a los que habían tenido que enterrar sin nombre, y entonces maldijo todo aquello; maldijo eso y la vida en general.

Tenía cuarenta y nueve años y era madre soltera de dos niñas. Sufría de dolores de espalda e insomnio y a veces la asaltaba el sentimiento de que todo carecía de sentido. De pronto, sin saber muy bien por qué, se le ocurrió llamar a Mikael Blomkvist.

Sonó el teléfono. Se trataba de un número desconocido, de modo que Blomkvist no quiso atender.

Acababa de salir de su casa y estaba bajando por Hornsgatan en dirección a Slussen y Gamla Stan, aunque sin mucha idea de adónde ir. Llevaba unos pantalones de lino gris y una camisa de jean sin planchar, y durante un buen rato no hizo más que deambular de un lado para otro entre las callejuelas del casco antiguo, hasta que se sentó en una terraza de Österlånggatan y pidió una Guinness.

Eran ya las siete de la tarde, pero todavía hacía calor, y desde Skeppsholmen se oían risas y aplausos. Levantó la mirada al cielo azul mientras disfrutaba de la suave brisa marina que corría y trató de convencerse de que la vida, a pesar de todo, no estaba tan mal. No tuvo demasiado éxito en su intento, y tampoco es que tomarse una cerveza o dos lo ayudara mucho. Acabó musitando algo, pagó y se dispuso a regresar a casa para continuar trabajando o para evadirse del mundo con una serie de televisión o una novela negra.

Pero un segundo después ya había cambiado de opinión y, dejándose guiar por una repentina ocurrencia, enfiló rumbo a Mosebacke y Fiskargatan. En el número nueve de Fiskargatan vivía Lisbeth Salander. No albergaba grandes esperanzas de encontrarla en casa. Tras la muerte de su viejo tutor, Holger Palmgren, había viajado por Europa, y sólo de forma esporádica había contestado a los correos y mensajes de Mikael. Aun así, más que nada para probar suerte, decidió pasar por su departa-

mento, de modo que subió la escalera que ascendía desde la plaza y, al llegar arriba, se sorprendió al ver la fachada del edificio que había frente a la casa de Lisbeth. Toda la pared se encontraba cubierta por un nuevo y enorme grafiti. Se trataba de un dibujo que incitaba a adentrarse en él y desaparecer, lleno de detalles surrealistas; entre otros, un pequeño y curioso hombre descalzo y vestido con unos pantalones de cuadros escoceses que estaba de pie en un vagón verde de subte.

Mikael no se detuvo a mirarlo, marcó el código del portal y entró en el ascensor. Se quedó contemplándose fijamente en el espejo. No es que se le notara mucho que estaba en medio de un verano caluroso y soleado. Se vio pálido y ojeroso. Volvió a pensar una vez más en el reportaje sobre la caída de la bolsa con el que había estado bregando todo el mes de julio. Era una historia importante, de eso no cabía duda: una caída que no sólo se había producido por exageradas valoraciones y desmedidas expectativas, sino también por ataques de *hackers* y campañas de desinformación. Pero ahora todo periodista de investigación que se preciara se hallaba indagando en la historia y, aunque él había averiguado algunas cosas —entre otras, cuál de las fábricas de trolls rusas había difundido las mentiras más gordas—, tenía la sensación de que el mundo podía arreglárselas muy bien sin sus aportaciones. Debería tomarse unos días libres y empezar a ha-

cer ejercicio, y quizá también ocuparse más de Erika, ahora que se estaba divorciando de Greger.

Cuando el ascensor se detuvo, abrió la reja y salió mientras se convencía, cada vez más, de que la visita sería infructuosa. Seguro que Lisbeth se encontraba de viaje, pasando totalmente de él. Acto seguido, empezó a preocuparse; la puerta del departamento se hallaba abierta de par en par y, de repente, se apoderó de él el miedo que había estado persiguiéndolo todo el verano: que los enemigos de Lisbeth consiguieran dar con ella. Entró a toda prisa en la casa mientras gritaba: «¡Hola, hola... ¿Hay alguien?!». Allí olía a pintura y a detergente.

De pronto, se detuvo en seco. Oyó unos pasos a su espalda. En la escalera, alguien jadeaba y resoplaba como un toro. Se dio la vuelta y se topó con dos fornidos hombres embutidos en sendos monos azules. Cargaban con un objeto grande. Mikael sufrió tal desconcierto que fue incapaz de interpretar la escena de forma normal y corriente.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

—¿Usted qué cree?

Parecían trabajadores de una empresa de mudanzas. Cargaban con un sofá azul, un nuevo y elegante mueble de diseño, y no es que Lisbeth —si alguien lo sabía, ése era él— tuviera mucha debilidad por las cosas relacionadas con el diseño ni por la decoración de interiores. Estaba a punto de decirles un par de palabras cuando, desde aden-

tro del departamento, oyó una voz. Por un momento pensó que era la de Lisbeth y se le iluminó la cara. Vanas ilusiones, sin duda, pues aquella voz no se parecía en absoluto a la suya.

—¡Pero qué visita tan grata! ¿A qué debo el honor?

Se volvió de nuevo y se encontró frente a una mujer negra muy alta, de unos cuarenta años de edad, que lo observaba con una mirada pícara. La mujer llevaba jeans y una elegante blusa gris. Tenía el pelo lleno de trenzas y unos brillantes ojos ligeramente achinados. Mikael se quedó mucho más desconcertado. ¿No la conocía de algún lado?

—No, no... —tartamudeó—. Es que...

—¿Es que qué...?

—Me he equivocado de departamento.

—¿O es que no sabes que la joven que vivía aquí ha vendido la casa?

No, no lo sabía, y se sintió incómodo, sobre todo porque la mujer seguía sonriendo, de manera que experimentó más bien alivio cuando ella se acercó a los de la mudanza para asegurarse de que no golpearan el sofá con el marco de las puertas y, tras entrar con ellos en la casa, desapareció. Mikael deseó marcharse de allí para intentar asimilar todo aquello, serenarse y tomar otra pinta de Guinness. Aun así, no se movió: permaneció como paralizado mientras, de reojo, miraba el nombre que figuraba en el buzón de la puerta. Allí ya no decía V.

KULLA, sino LINDER. ¿Quién mierda era Linder? Tomó el celular, buscó el nombre en Internet y, de inmediato, la mujer que acababa de conocer apareció en la pantalla.

Se trataba de Kadi Linder, psicóloga, miembro de varias juntas directivas de importantes empresas. Se quedó pensando en ella —en lo poco que sabía—, pero sobre todo pensó en Lisbeth. Y cuando Kadi Linder volvió a aparecer por la puerta, él no había conseguido serenarse. Ahora la sonrisa no sólo era pícara, sino también inquisitiva. Mikael esquivó su mirada. La mujer olía ligeramente a perfume y era esbelta, de muñecas delgadas y clavículas marcadas.

—Bueno, dime: ¿de verdad te has equivocado?

—Prefiero no contestar a esa pregunta —dijo al tiempo que se percataba de que no era una buena respuesta.

Pero, por la sonrisa de la mujer, comprendió que ella ya lo había calado, que se había dado cuenta de que deseaba salir de aquella situación de la mejor manera posible. Nada le haría revelar que Lisbeth había vivido en esa casa bajo una identidad falsa, con independencia de lo que Kadi Linder pudiera saber.

—Bueno, no es que eso mitigue mucho mi curiosidad —replicó ella.

Definitivamente, no estaba dispuesto a responderle, y para quitarle peso al asunto se rio, como si aquello careciera de importancia.

—Entonces ¿no has venido para investigarme?
—prosiguió la mujer—. Esta casa no es muy barata que digamos...

—A no ser que le hayas cortado la cabeza a algún caballo para dejársela a alguien sobre la cama, no; puedes estar muy tranquila.

—Es cierto que no me acuerdo de todos los detalles de las negociaciones, pero me parece que no había ninguna cabeza de caballo involucrada, no.

—Genial. Entonces te deseo muy buena suerte
—contestó con una fingida soltura para, acto seguido, pensar en marcharse con los hombres de la mudanza, que en ese momento salían del departamento.

Pero Kadi Linder, que se toqueteaba con nerviosismo los botones de la blusa y las trenzas, quería, a todas luces, continuar hablando. Mikael se dio cuenta de que lo que él había interpretado como una irritante autoconfianza era, en realidad, una fachada que ocultaba una cosa bien distinta.

—¿La conoces? —preguntó ella.

—¿A quién?

—A la que vivió aquí.

Él le devolvió la pregunta.

—¿Y tú? ¿La conoces?

—No —dijo—. Ni siquiera sé cómo se llama.
Pero me cae bien.

—¿Y eso?

—A pesar de todo ese caos que se produjo en la

bolsa, las negociaciones se convirtieron en una carrera al mejor postor bastante loca, y yo no tenía ninguna oportunidad de seguir pujando hasta esas sumas de dinero a las que se llegó, de modo que tiré la toalla. Y, aun así, me quedé con el departamento, ya que «la joven dama», tal y como el abogado la llamaba, así lo deseaba.

—Qué curioso.

—¿Sí, no?

—Tal vez hicieras algo que le gustó a la joven dama...

—Bueno, si por algo soy conocida es por haberme peleado con los tipos de los consejos de administración de más de una empresa.

—Es muy probable que eso le haya gustado.

—Sí, quizá. ¿Me dejas que te invite a una cerveza para inaugurar la casa? Así me cuentas... He de decirte...

Ella volvió a dudar.

—...que me encantó tu reportaje sobre los gemelos. Me pareció muy conmovedor.

—Gracias —contestó Mikael—. Muy amable. Pero tengo que irme.

Ella asintió con la cabeza y él consiguió pronunciar un «adiós». Por lo demás, apenas recordaba cómo logró marcharse de allí; lo único que recordaba era haber salido al sol de aquella veraniega tarde. En absoluto reparó en el hecho de que en el portal hubieran instalado dos nuevas cámaras de

seguridad ni tampoco en que por el cielo, justo encima de él, pasara un globo aerostático. Se limitó a cruzar la plaza de Mosebacke y continuar bajando hacia Urvädersgränd, y no aminoró la marcha hasta que llegó a Götgatan, donde tuvo la sensación de que le flaqueaban las fuerzas. Y eso que lo único que había sucedido era que Lisbeth se había mudado, una noticia que debería haber recibido con satisfacción, pues ahora estaría mucho más segura. Sin embargo, en lugar de alegrarse, lo encajó como si le hubieran dado una bofetada, cosa que, por supuesto, resultaba absurda.

Ella era Lisbeth Salander. Era como era. No obstante, se sintió herido. Al menos podría haberle insinuado algo. Volvió a tomar el celular para enviarle un mensaje, una pregunta, pero lo dejó estar. Llegó hasta Hornsgatan y vio que los más jóvenes ya habían empezado a correr en la Carrera de Medianoche. Se quedó mirando boquiabierto a todos los padres que gritaban animando a sus hijos, como si la alegría que manifestaban le resultara incomprensible, y tuvo que esforzarse por encontrar un hueco y cruzar la calle sorteando a los corredores. Al subir hacia Bellmansgatan, los pensamientos seguían sin dejarlo en paz, y se le vino a la mente la última vez que vio a Lisbeth.

Fue en el restaurante Kvarnen, la noche posterior al entierro de Holger Palmgren, y a ninguno de los dos le resultó fácil dar con algo para decir,

cosa que, por otra parte, no era especialmente sorprendente. Lo único que recordaba de ese encuentro era la respuesta de Lisbeth a su pregunta:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a ser la cazadora, no la presa.

«La cazadora, no la presa.»

Intentó que se lo explicara. No lo consiguió. Y se acordó de cómo, después, ella desapareció atravesando Medborgarplatsen, vestida con un traje negro hecho a medida que le daba un aire de niño enojado que, a regañadientes, había tenido que aceptar arreglarse para una celebración festiva. No había pasado tanto tiempo. Fue a principios de julio. Pero a Mikael le pareció lejano y, a medida que se iba acercando a su casa, pensó en eso y en otras cosas. Se encontraba ya bien acomodado en el sofá, con una Pilsner Urquell en la mano, cuando el teléfono volvió a sonar.

Era una médica forense llamada Fredrika Nyman.